

La belleza como tarea

Presencia de lo bello en el

Nuevo Directorio para la Catequesis

M.^a José Muñoz López

Directora del Museo diocesano de Córdoba

Relevancia de lo bello en la catequesis

El término “catequesis” procede del verbo griego “katechein”, que significa “resonar”, en consonancia con su objetivo: «hacer resonar continuamente en el corazón de cada hombre el anuncio de su Pascua, para que su vida sea transformada...ella acompaña, educa y forma en la fe y para la fe, introduce en la celebración del Misterio, ilumina e interpreta la vida y la historia humana»¹. Con esta definición comienza el capítulo II del *Nuevo Directorio para la catequesis*, centrado en la identidad de la catequesis. Señala como, desde su modo específico de contribuir a la pastoral de la Iglesia, la belleza se convierte en un asunto verdaderamente relevante.

Desgranando la definición de catequesis y aplicándola a la belleza, descubrimos que lo bello resuena, habla al corazón, anuncia la Pascua, transforma la existencia con un anhelo de infinito, nos acompaña, celebra el Misterio y deslumbra con una nueva luz que ilumina nuestra historia. Es decir, el recurso a la belleza responde de modo eficaz a las exigencias de la catequesis.

BELLEZA, BIEN Y VERDAD

Estos tres elementos trascendentales del ser forman una unidad. Belleza, bien y verdad son hermanas inseparables, cada una con una

¹ PONTIFICIO CONSEJO PARA LA PROMOCIÓN DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN, *Directorio para la catequesis* (DC), Edice, Madrid, 2020, n. 55.

misión propia; si la verdad habla a nuestra razón y el bien se orienta a la voluntad, la belleza nos seduce, su esplendor nos invita a la contemplación y a la admiración.

Hans Urs von Balthasar, uno de los mejores teólogos de nuestro tiempo, articuló toda su teología en torno al concepto de belleza, construyendo una exhaustiva estética teológica. Al comienzo de *Gloria*, primera obra —en siete volúmenes— de su trilogía, considera la belleza como «última palabra a la que puede llegar el intelecto reflexivo, ya que es la aureola de resplandor imborrable que rodea a la estrella de la verdad y del bien y su indisoluble unión»². En un mundo sin belleza, la verdad y el bien se disuelven.

Hoy nos resulta extraña esta visión unitaria, debido a la fragmentación que ha introducido la amarga filosofía de Nietzsche, incapaz de reconocer la vocación a la armonía entre el hombre y el cosmos. En dirección contraria circula la *Carta a los artistas* de san Juan Pablo II, que aborda con fervor la capacidad que tiene la belleza para tocar el corazón del hombre. La carta cita tres veces al poeta polaco Cyprian Norwid, en dos ocasiones repitiendo una frase de su poema *Promethidion*: «la belleza sirve para entusiasmar en el trabajo, el trabajo para resurgir»³. Si sustituimos el término “trabajo” por “catequesis” la reflexión resulta muy elocuente: la belleza sirve para entusiasmar en la catequesis, la catequesis para resurgir. No cabe duda de que toda catequesis pretende hacer resurgir a una vida más plena, pero ¿qué catequista no aspiraría a ser capaz de entusiasmar a sus catecúmenos a través de la belleza? Quizá nos faltan recursos e imaginación para saber utilizar este lenguaje con todo su potencial.

En otro lugar del mismo poema, Norwid afirma con lucidez: «La forma del amor es la belleza». Brilla el vínculo entre belleza y bien. La belleza adquiere tal valor que llega a identificarse con el Dios trinitario. Karol Wojtyła, en 1938, siendo un chico de apenas dieciocho

² HANS URS VON BALTHASAR, *Gloria. Una estética teológica. 1 La percepción de la forma*, Encuentro, Madrid, 1985, p. 22.

³ SAN JUAN PABLO II, *Carta a los artistas* (CA), Edice, Madrid, 1999, nn. 3, 4 y 16.

años, escribió *Mousiké*, su primer poema conocido; en él ya identifica a Cristo con una forma de belleza:

¡Oh, Señor!
¡Tú eres la más alta armonía!
Tu música es la hija sempiterna
y desde las alturas de tus esferas
envías a la tierra la melodía de la felicidad⁴.

En 1962, siendo obispo, proclamaba en unos ejercicios espirituales para artistas, que «la belleza de todas las criaturas y de las obras de la naturaleza y de las obras de arte es solo un fragmento, algo limitado, un síntoma o un reflejo, y no existe en ningún sitio su versión plena, absoluta, entonces hay que buscar esta versión absoluta de la belleza más allá de las criaturas. Estamos en el camino que nos lleva a comprender que él existe. Que la belleza, que es absoluta y total, perfecta desde cualquier punto de vista, es justamente él»⁵.

De modo inigualable lo supo expresar san Juan de la Cruz en sus canciones entre el alma y el esposo, utilizando el bello lenguaje esponsal propio de la Iglesia:

Mil gracias derramando
pasó por estos sotos con presura
y, yéndolos mirando,
con sola su figura
vestidos los dejó de su hermosura⁶.

EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA

No solo san Juan Pablo II, los últimos papas se han referido de un modo muy elocuente a la belleza como manifestación de Dios. Ya san Pablo VI, al clausurar el Concilio Vaticano II el día de la Inmaculada de 1965, dirigía a los artistas este mensaje: «Este mundo en que vivimos

⁴ KAROL WOJTYLA, *Mousiké*. Traducción BOGDAM PIOTROWSKI en *Mousiké*, Universidad de la Sabana, 2008, p. 110.

⁵ KAROL WOJTYLA, *El Evangelio y el arte. Ejercicios espirituales para artistas*, Ciudad Nueva, Madrid, 2014, p. 18.

⁶ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Obras completas*, BAC, Madrid, 1982, Cántico espiritual, p. 26.

tiene necesidad de la belleza para no caer en la desesperanza. La belleza, como la verdad, es lo que pone la alegría en el corazón de los hombres; es el fruto precioso que resiste a la usura del tiempo, que une las generaciones y las hace comunicarse en la admiración»⁷. En este caso es la verdad la que hace alianza con la belleza para trazar un camino de esperanza y alegría. Al mismo tiempo, la virtud de la esperanza está profundamente ligada a la belleza, y la alegría es el fruto de este desposorio.

Muchos años después, Benedicto XVI, en la Capilla Sixtina, habla nuevamente a los artistas para recordarles que una función esencial de la belleza «consiste en dar al hombre una saludable “sacudida”, que lo hace salir de sí mismo, lo arranca de la resignación, del acomodamiento del día a día e incluso lo hace sufrir, como un dardo que lo hiera, pero precisamente de ese modo lo “despierta” y le vuelve a abrir los ojos del corazón y de la mente, dándole alas e impulsándolo hacia lo alto... el camino de la belleza nos lleva a reconocer el Todo en el fragmento, el Infinito en lo finito, a Dios en la historia de la humanidad»⁸. Es el mismo pensamiento que había expresado Wojtyła tantos años antes, y el mismo en el que insistirá el papa Francisco en sucesivas intervenciones.

A Francisco nos referiremos en diversas ocasiones, pero es interesante comenzar con la sencilla homilía de su primera celebración de la Epifanía en la Basílica de San Pedro, siendo ya santo padre: «sintamos cerca a los Magos, como sabios compañeros de camino. Su ejemplo nos anima a levantar los ojos a la estrella y a seguir los grandes deseos de nuestro corazón. Nos enseñan a no contentarnos con una vida mediocre, de “poco calado”, sino a dejarnos fascinar siempre por la bondad, la verdad, la belleza... por Dios, que es todo eso en modo siempre mayor»⁹.

Si el Magisterio pontificio es prolijo en declaraciones sobre la belleza como manifestación de Dios, también el *Catecismo* se ocupa de lo

⁷ CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, BAC, Madrid, 1993, *Clausura*, p. 727.

⁸ BENEDICTO XVI, *Encuentro con los artistas* (21.XI.2009).

⁹ FRANCISCO, Homilía en la solemnidad de la Epifanía del Señor (6.I.2014).

bello en numerosos aspectos. Menciona la importancia que adquiere en la catequesis el carácter gozoso del camino de Cristo; marca insistencias centradas en el Espíritu Santo, la gracia, las bienaventuranzas, la eclesialidad, el pecado y el perdón, la caridad, las virtudes... deja clara la necesidad de que en la catequesis se «haga captar la belleza y el atractivo de las rectas» disposiciones para el bien¹⁰.

Cuando desarrolla las vías de acceso al conocimiento de Dios, registra sobre el ser humano: «Con su apertura a la verdad y a la belleza, con su sentido del bien moral, con su libertad y voz de su conciencia, con su aspiración al infinito y a la dicha, el hombre se interroga sobre la existencia de Dios. En estas aperturas, percibe signos de su alma espiritual»¹¹. Significativamente, verdad, belleza y bien son las primeras aperturas al conocimiento que menciona; a continuación, como un fruto, la libertad y la alegría.

Más adelante, cuando describe el mundo visible, dedica un punto a la belleza del universo, y lo desarrolla de un modo muy valiente: «el orden y la armonía del mundo creado derivan de la diversidad de los seres y de las relaciones que entre ellos existen. El hombre las descubre progresivamente como leyes de la naturaleza que causan la admiración de los sabios. La belleza de la creación refleja la infinita belleza del Creador. Debe inspirar el respeto y la sumisión de la inteligencia del hombre y de su voluntad»¹². Es muy atrevida la afirmación de que la belleza somete la inteligencia y la voluntad del ser humano. Partiendo de esta premisa, su extraordinaria eficacia como herramienta catequética queda reforzada.

Lo más sorprendente es que el *Catecismo* le dedique un epígrafe completo a la belleza en relación con la verdad en el contexto del artículo 8, dedicado al octavo mandamiento, «no darás falso testimonio». Comienza así: «La práctica del bien va acompañada de un placer espiritual gratuito y de belleza moral. De igual modo, la verdad entraña

¹⁰ *Catecismo de la Iglesia católica* (CCE), Asociación de editores del catecismo, Madrid, 1992, n. 1697.

¹¹ CCE, n. 33.

¹² CCE, n. 341.

el gozo y el esplendor de la belleza espiritual. La verdad es bella por sí misma»¹³. La hermandad entre la belleza y la verdad se explicita de un modo tan contundente que de nuevo se deduce la capacidad de lo bello en la transmisión de la verdad del Evangelio.

Un recorrido por el nuevo *Directorio*

Un lúcido artículo publicado en 2008 por el que entonces era director del Secretariado de la Comisión Episcopal del Patrimonio Cultural de la Conferencia Episcopal Española registra un interesante itinerario centrado en el descubrimiento del patrimonio cultural de la Iglesia, en especial el arte, como medio catequético¹⁴. Manuel Íñiguez sitúa el origen de este redescubrimiento en las VI Jornadas Nacionales de Patrimonio Cultural de la Iglesia, celebradas en junio de 1986, cuando Monseñor D. Damián Iguacén —siendo obispo de Tenerife y presidente de la Comisión Episcopal para el Patrimonio Cultural de la Iglesia— exhorta a descubrir la eficacia pedagógica del patrimonio cultural para la educación en la fe. Aquel punto de partida no aportaba claves para una praxis, pero alentaba e impulsaba el uso catequético de los bienes culturales de la Iglesia, promoviendo el arranque de las primeras grandes exposiciones artísticas con aliento catequético. Este «primer anuncio» de la capacidad de la belleza para la catequesis recuperaba una tradición milenaria que la Iglesia había cultivado, aún sin pretenderlo, desde sus orígenes.

El artículo continúa argumentando la capacidad catequética de las expresiones culturales del patrimonio eclesial, insistiendo en su capacidad para transmitir la fe, la importancia del lenguaje simbólico, de la imagen y de la catequesis narrativa, además de reflexionar sobre la pedagogía original de la fe. Se trataba de un magnífico punto de partida, a la luz del anterior *Directorio para la catequesis*.

¹³ CCE, c. 2500.

¹⁴ Cf. MANUEL ÍÑIGUEZ RUIZ DE CLAVIJO, *Revista Teología y Catequesis*, Facultad de Teología San Dámaso, Madrid, julio -diciembre 2008, n. 107/108, *Arte y Catequesis*, pp. 55-83.

La gran novedad del actual *Directorio* es que supera el mero relato de los objetos que configuran el patrimonio cultural, para pasar a destacar el poder de la belleza en la catequesis, ampliando el planteamiento anterior.

IDENTIDAD DEL NUEVO *DIRECTORIO PARA LA CATEQUESIS*

El 23 de marzo de 2020 el papa Francisco aprobó el nuevo *Directorio para la catequesis* cuya orientación quedaba bien definida en su presentación: «El estrecho vínculo entre la evangelización y la catequesis es la peculiaridad de este *Directorio*. Este pretende proponer un camino en el que estén íntimamente unidos el anuncio del kerigma y su maduración»¹⁵. En este contexto, es coherente que la belleza adquiera trascendencia, ya que se dirige sin distinción tanto a los miembros de la Iglesia como a los alejados. Tantas veces, la belleza procedente de la fe es el rostro amable de la Iglesia, «atrio de los gentiles» en feliz expresión de Benedicto XVI, donde se encuentran hijos y extraños. La belleza es arma preciosa para la «iglesia en salida» tan demandada por el papa Francisco.

El nuevo *Directorio* es plenamente consciente de la nueva sensibilidad a la que se rinden creyentes y no creyentes, reacios a la imposición dogmática. Ya en la introducción se revela la intención de profundizar en la misión específica de la catequesis en la evangelización, e insiste en la necesidad de afrontar nuevos retos y adaptarse a los nuevos lenguajes. Entre los cambiantes signos de los tiempos con los que el Señor indica a la Iglesia el camino a seguir, se cita: «el redescubrimiento de lo que es bello y eleva el alma»¹⁶. Es interesante que utilice el verbo “redescubrir” porque, efectivamente, la belleza no es un lenguaje nuevo en la Iglesia; desde hace siglos, la comunidad cristiana ha hablado el lenguaje de la belleza de muchas formas: en el arte, la liturgia, los textos, la música, la humanidad de los gestos... pero parece que ahora, con la crisis de fe que estamos viviendo, ante las amenazas que experimenta la comunidad

¹⁵ DC, p. 12.

¹⁶ DC, n. 5.

cristiana, es buen momento para recuperar una nueva conciencia del papel de la belleza en la expresión de nuestra fe.

LOS DOS PRIMEROS CAPÍTULOS DEL *DIRECTORIO*

Iniciamos este sintético recorrido por el *Directorio* siguiendo el orden propuesto por la propia publicación. El primer capítulo, que versa sobre la revelación y su transmisión, comienza reflexionando sobre la revelación dentro del plan providencial de Dios. Se apoya en una homilía de Juan Crisóstomo para declarar hermosa la nueva vida que ofrece el anuncio del Evangelio¹⁷.

Avanzando en el texto, al abordar la evangelización en el mundo contemporáneo, pregona una nueva etapa en el anuncio del Evangelio y señala tres ámbitos: la pastoral ordinaria, los bautizados que no viven las exigencias del bautismo, y los que no conocen a Cristo o incluso lo rechazan. Respecto a estos últimos, urge así a la misión: «Los cristianos tienen el deber de anunciarlo sin excluir a nadie, no como quien impone una nueva obligación, sino como quien comparte una alegría, señala un horizonte bello, ofrece un banquete deseable. La Iglesia no crece por proselitismo sino por atracción»¹⁸. De un modo precioso, se vincula la belleza a la alegría; esta referencia se va a convertir en una constante.

La fe se transmite “por contagio”, porque asistir al espectáculo de una vida centrada verdaderamente en el Evangelio no deja impasible; provoca el deseo de vivir así, de imitarla. Siempre nos impacta escuchar el testimonio de un misionero, una persona consagrada enamorada de su vocación, una familia que se ama en la dimensión de la cruz... en ellos deslumbra una belleza con la que queremos ser fecundados. De esa experiencia surge la fe, y también el celo misionero, la alegría que nos mueve a compartir el Evangelio, a dar razón de la belleza de nuestra fe.

Antes de finalizar este primer capítulo, el *Directorio* se adentra en la evangelización de las culturas y la inculturación de la fe, en el contexto

¹⁷ Cf. DC, n. 13

¹⁸ DC, n. 41

de los medios de comunicación de masas. Replicando un *Mensaje* del papa Francisco en la XLVIII Jornada de las Comunicaciones Sociales, apela al desafío que «requiere energías renovadas y una imaginación nueva para transmitir a los demás la belleza de Dios»¹⁹. La belleza ha acompañado a la Iglesia durante toda su historia, forma parte de su esencia. Lo que requiere continua revisión es el modo de presentarla con renovada imaginación y entusiasmo, adaptada a las necesidades del ser humano en cada fase histórica.

Partiendo de la kerigmática declaración de intenciones que el *Directorio* realiza en su presentación, es significativo que, cuando el capítulo II aborde la identidad de la catequesis, en concreto su naturaleza, se desarrolle en primer lugar la íntima relación entre kerigma y catequesis. En este marco, la única tarea que considera que nunca debe delegarse se refiere a la belleza: «La catequesis —que no siempre se puede distinguir del primer anuncio— está llamada a ser ante todo un anuncio de la fe y no debe delegar en las demás acciones eclesiales la tarea de ayudar a descubrir la belleza del Evangelio»²⁰. El destino de la catequesis es la belleza, pero al mismo tiempo, lo bello es el camino para llegar al destino.

En este mismo capítulo, cuando se refiere a las fuentes de la catequesis, el nuevo *Directorio* incluye la belleza como una de las siete fuentes citadas, vinculada a las otras seis: la Palabra de Dios, el Magisterio, la liturgia, el testimonio de santos y mártires, la teología, y la cultura cristiana. En esta última, además, se refiere a la fuerza creadora de la belleza para transmitir la visión cristiana del mundo, y al modo en el que se une a lo bueno, lo justo y lo verdadero para inspirar obras que testimonian la fe cristiana²¹.

Al desarrollar la belleza como fuente de la catequesis, el *Directorio* apunta: «La Sagrada Escritura presenta a Dios, de manera inequívoca, como la fuente de todo esplendor y belleza. El Antiguo Testamento

¹⁹ DC, n. 47.

²⁰ DC, n. 57.

²¹ Cf. DC, n. 104 y 105.

muestra la creación, con el ser humano en su cima, como algo bueno y bello»²². Este detalle es muy revelador. En el relato del Génesis, cuando se describen los siete días de la creación, al finalizar cada uno de los días, se utiliza la conocida expresión: «Y vió Dios que todo era bueno»²³; pero significativamente, Evdokimov registra el siguiente dato cuando aborda la visión bíblica de la belleza: «Al sacar el mundo de la nada, el Creador, como poeta divino, compone su “sinfonía en seis días”, el hexamerón, y en cada uno de sus actos “vio que era bello”. El texto griego del relato bíblico dice *kalón* (bello) y no *agathón* (bueno); la palabra griega tiene los dos significados al mismo tiempo»²⁴. Hay que tener en cuenta que *kalón* es la palabra griega que utilizó la Biblia de los Setenta para traducir el término hebreo *tob*, en el que lo bueno y lo bello se funden.

Profundizando en la belleza como fuente, el nuevo *Directorio* la identifica con Cristo: «En el Nuevo Testamento toda la belleza se concentra en la persona de Jesucristo... Su Evangelio es fascinante porque es una noticia hermosa... Él, lleno de gracia y de verdad, al asumir sobre sí la humanidad, ha narrado por medio de parábolas la belleza de la acción de Dios. En su relación con los hombres ha dicho bellas palabras que con su eficacia sanan las profundidades del alma... Él ha hecho bellas acciones... Soportando la crueldad de la sentencia de muerte como uno “sin figura, sin belleza” (Is 53, 2) ha sido reconocido como el más bello de los hombres (Sal 45, 3)»²⁵. De este modo registra una tradición milenaria de la Iglesia a la que volveremos más adelante.

El texto continúa profundizando en el papel de la belleza, tanto en la evangelización como en la catequesis, vinculándola a la Virgen María, a los santos, al patrimonio artístico de la Iglesia, a la liturgia...

El camino de la evangelización es la vía de la belleza y, por ello, toda forma de belleza es fuente de catequesis. La catequesis muestra de un modo con-

²² DC, n. 106.

²³ Gen 1.

²⁴ PAUL EVDOKIMOV, *El arte del icono. Teología de la belleza*. Publicaciones Claretianas, Madrid, 1991, p. 8.

²⁵ DC, n. 107.

creto la infinita belleza de Dios revelando el primado de la gracia, manifestado especialmente en la Santísima Virgen María; dando a conocer la vida de los santos como verdaderos testigos de la belleza de la fe; subrayando la belleza y el misterio de la creación; descubriendo y apreciando el increíble e inmenso patrimonio litúrgico y artístico de la Iglesia; valorando las formas más elevadas del arte contemporáneo. La belleza de Dios también se expresa en las obras del hombre... y conduce a los catequizandos al bello don que el Padre ha hecho en su Hijo²⁶.

CAPÍTULOS CENTRALES

Las claves en la identidad y vocación del catequista las proporciona el capítulo III, que se ocupa desde el obispo hasta los presbíteros, consagrados, laicos, diáconos... Refiriéndose a estos últimos, ya menciona la belleza: «los diáconos permanentes, que viven el matrimonio, por su singular estado de vida, están llamados de manera especial a ser testigos creíbles de la belleza de este sacramento»²⁷ —se refiere al diaconado—.

Poco más adelante, al centrarse en los padres como sujetos activos de la catequesis, el *Directorio* vuelve a utilizar la palabra belleza: «Los padres creyentes, con su ejemplo diario de vida, tienen una capacidad especialmente atractiva para transmitir la belleza de la fe cristiana»²⁸. En este territorio doméstico, sometido a las dificultades de la cotidianidad, el concepto de belleza adquiere matices propios en los que la armonía y el equilibrio no siempre están presentes; sin embargo, también hay mucha belleza en la estridencia propia de algunos pequeños conflictos familiares, inevitables en el día a día, preciosa ocasión de experimentar el perdón y la misericordia.

Centrado en la pedagogía de la fe, el capítulo V desarrolla seis criterios para el anuncio del mensaje evangélico; es interesante que, cuando aborda el criterio histórico-salvífico, declare con rotundidad: «la Palabra de Dios, a través de la catequesis, ilumina la vida humana, le da su

²⁶ DC, n. 109.

²⁷ DC, n. 118.

²⁸ DC, n. 124.

significado más profundo y acompaña al hombre por los caminos de la belleza, de la verdad y del bien»²⁹. De modo elocuente, sitúa el camino de la belleza como el primero de la lista.

Pero aún es más significativa la inclusión del criterio de la primacía de la gracia y de la belleza. El papa Francisco, al hablar del anuncio del Evangelio, insistía: «El principio de la primacía de la gracia debe ser un faro que alumbre permanentemente nuestras reflexiones sobre la evangelización»³⁰. El *Directorio* añade a este principio de la gracia el de la belleza, manifestando una clara intención de introducir este trascendental del ser. Su redacción expresa una convicción profunda: «La catequesis debe siempre transmitir la belleza del Evangelio que resonó en los labios de Jesús para todos... La catequesis no es, sobre todo, la presentación de una moral, sino el anuncio de la belleza de Dios, que puede ser experimentada, que toca el corazón y la mente, transformando la vida»³¹. El Evangelio nunca es una ideología, ni una propuesta moral, sino una buena noticia capaz de transfigurarnos porque resplandece de belleza.

La referencia al papa Francisco es de nuevo contundente; él reitera la importancia de esta vía:

Es bueno que toda catequesis preste una especial atención al «camino de la belleza» —*via pulchritudinis*—. Anunciar a Cristo significa mostrar que creer en él y seguirlo no es solo algo verdadero y justo, sino también bello, capaz de colmar la vida de un nuevo resplandor y de un gozo profundo, aún en medio de las pruebas. En esta línea, todas las expresiones de verdadera belleza pueden ser reconocidas como un sendero que ayuda a encontrarse con el Señor Jesús. No se trata de fomentar un relativismo estético, que pueda oscurecer el lazo inseparable entre verdad, bondad y belleza, sino de recuperar la estima de la belleza para poder llegar al corazón humano y hacer resplandecer en él la verdad y bondad del Resucitado. Si, como dice san Agustín, nosotros no amamos sino lo que es bello, el Hijo hecho hombre, revelación de la infinita belleza, es sumamente amable, y nos atrae hacia sí con lazos de amor. Entonces se

²⁹ DC, n. 172.

³⁰ FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, 2013, n. 112.

³¹ DC, n. 175.

vuelve necesario que la formación en la *via pulchritudinis* esté inserta en la transmisión de la fe³².

El capítulo VI del *Directorio* analiza el *Catecismo de la Iglesia católica*. Entre otros aspectos, se centra en el significado teológico-catequético del *Catecismo*, y es entonces cuando afirma que el *Catecismo* «manifiesta la belleza armónica que caracteriza a la verdad católica»³³; un poco más adelante precisa la importancia de la belleza para una proclamación fructífera del Evangelio y para despertar el deseo de Cristo³⁴. El concepto del deseo en la clave nupcial característica de la Iglesia expresa muy bien el modo en el que la belleza de Cristo Esposo atrae a su esposa, la Iglesia.

El papa Francisco se muestra muy radical al contemplar la tarea misionera de la Iglesia desde la perspectiva del atractivo. Así lo formula: «Cuando se asume un objetivo pastoral y un estilo misionero, que realmente llegue a todos sin excepciones ni inclusiones, el anuncio se concentra en lo esencial, que es lo más bello, lo más grande, lo más atractivo, y al mismo tiempo lo más necesario»³⁵. Remitiendo a ese texto, de idéntico modo se pronuncia en *Amoris laetitia*³⁶. El amor y la belleza se unen en un desposorio fecundo que tiene la vocación de irradiar al mundo con su esplendor.

Al analizar la metodología en la catequesis en su capítulo VII, el *Directorio* destaca el arte entre los tres tipos de lenguaje que menciona. Tras aludir al papel del lenguaje del arte en la evangelización a lo largo de la historia, concluye: «en nuestra época, las imágenes cristianas pueden ayudar a experimentar el encuentro con Dios a través de la contemplación de su belleza. De hecho, son imágenes que traen a quienes las contemplan la mirada de un Otro invisible, dando acceso a la realidad del mundo espiritual y escatológico»³⁷.

³² EG, n. 167.

³³ DC, n. 191.

³⁴ Cf. DC, n. 192.

³⁵ EG, n. 35.

³⁶ FRANCISCO, *Amoris laetitia*, 2016, n. 58.

³⁷ DC, n. 209.

Como hemos mencionado antes, el *Catecismo de la Iglesia católica* introduce la importancia del arte, curiosamente en el contexto del octavo mandamiento; realiza una reflexión sobre el modo en que el arte expresa la verdad de la relación con Dios mediante la belleza, y cómo encuentra semejanza con la actividad creadora de Dios, siempre que esté ordenado al fin último³⁸. La alusión al arte es tan compleja que sumergirse en ella supondría tejer un nuevo relato en torno a la legitimidad de la imagen y la capacidad del arte en el terreno catequético que en estas líneas no es posible afrontar.

Apuntamos solamente la referencia a otros modos de belleza y de arte, ajenos a la tradición de la Iglesia, pero plenos de significado para nuestros contemporáneos: «La Iglesia, que a lo largo de los siglos ha interactuado con diversas expresiones artísticas —literatura, teatro, cine, etc.—, está llamada a abrirse, con el debido sentido crítico, también al arte contemporáneo»³⁹. Aquí el *Directorio* hace un guiño nuevamente al papa Francisco al mencionar el atractivo de modos no convencionales de belleza capaces de abrir al espectador al lenguaje de los sentidos e involucrarlo en la obra de arte⁴⁰.

En cuanto a la propuesta moral de la catequesis, el papa Francisco es contundente: «Más que como expertos en diagnósticos apocalípticos u oscuros jueces que se ufanan en detectar todo peligro o desviación, es bueno que puedan vernos como alegres mensajeros de propuestas superadoras, custodios del bien y la belleza que resplandecen en una vida fiel al Evangelio»⁴¹. Bien, belleza y alegría se presentan como auténtico sostén de la vida moral, proponiendo una ruta deseable, cuya meta es el resplandor del Evangelio.

ÚLTIMOS CAPÍTULO

El capítulo VIII desarrolla la catequesis en la vida de las personas, con nueve apartados que abordan distintos ámbitos. Comienza insis-

³⁸ CCE, n. 2501.

³⁹ DC, n. 212.

⁴⁰ Cf. EG, n. 167.

⁴¹ EG, n. 168.

tiendo en el carácter kerigmático de la catequesis que centra el directorio, aplicándolo específicamente al ámbito familiar. Remite a dos exhortaciones apostólicas del papa Francisco, *Amoris laetitia* y *Evangelii gaudium*, para poner de nuevo el foco en el Evangelio como anuncio de belleza: «ante las familias, y por medio de ellas, debe volver a resonar siempre el primer anuncio, que es lo más bello, lo más grande, lo más atractivo, y al mismo tiempo lo más necesario, y debe ocupar el centro de la actividad evangelizadora»⁴². El Evangelio vuelve a unirse con la belleza en una alianza fecunda.

El texto también apela a lo bello en el contexto de la catequesis con preadolescentes, cuando acentúa la importancia del anuncio del kerigma, capaz de hacer realidad, en la persona del Señor Jesús, los deseos de belleza y bien⁴³. En esa temprana etapa de la vida, la búsqueda de la belleza es una constante imperiosa —aunque tantas veces sumida en la confusión—, que hay que canalizar para no sucumbir a las trampas de otra belleza falaz y engañosa.

El *Directorio* emplea nuevamente lo bello al referirse a las personas con discapacidad, destacando su relevancia como sujetos activos en la evangelización y en la formación cristiana. Ellos favorecen la cultura de la inclusión frente a la triste lógica del descarte. Nos invitan a descubrir la belleza y la alegría de la fe de que son capaces⁴⁴.

Si este capítulo ofrece caminos de catequesis diversificados por edad, estados de vida y otros factores, el capítulo IX del *Directorio* plantea la comunidad cristiana como sujeto de la catequesis, dentro de la cual contempla las parroquias y la necesidad de renovar sus propuestas catequéticas. Junto a la mentalidad misionera, entre las propuestas formativas de inspiración catecumenal, el *Directorio* pone el centro en la necesidad de acoger y profundizar existencialmente en el kerigma, y de saborear su belleza⁴⁵.

⁴² DC, n. 230.

⁴³ Cf. DC, n. 247.

⁴⁴ Cf. DC, n. 272.

⁴⁵ Cf. DC, n. 303.

Acercándonos al final del recorrido, el capítulo X del *Directorio* muestra su preocupación por la posición de la catequesis ante los escenarios culturales contemporáneos. Se enfrenta a una situación de pluralismo y complejidad donde destaca el peculiar rostro de las culturas locales tradicionales. La necesaria actitud de humildad del catequista ante la cultura propia de los pueblos indígenas busca su refrendo en palabras recogidas por el papa Francisco en *Evangelii gaudium*, retomadas a su vez de san Juan Pablo II en su *Novo millennium ineunte*: «En los distintos pueblos, que experimentan el don de Dios según su propia cultura, la Iglesia expresa su genuina catolicidad y muestra “la belleza de este rostro pluriforme”».⁴⁶

El penúltimo capítulo del *Directorio*, el capítulo XI, insiste en la necesidad de que la catequesis sirva a la inculturación de la fe. Al acometer los catecismos locales invita a la audacia, inspirada por el Espíritu Santo, para encontrar nuevos signos y símbolos eficaces en la nueva evangelización, cuya fuente es la inagotable hermosura de Cristo y su Evangelio⁴⁷.

RECAPITULACIÓN

Es muy significativo que, de los doce capítulos que configuran el *Directorio*, diez se refieran explícitamente a lo bello o a la belleza utilizando exactamente ese término. Los únicos dos capítulos que no lo mencionan son el capítulo IV, que se ocupa estrictamente de la formación de los catequistas —como continuación del capítulo anterior, donde sí aborda la belleza— y el último capítulo, el XII, más técnico, que se limita a detallar los organismos al servicio de la catequesis. En el resto de capítulos del *Directorio* aflora la belleza de un modo más o menos profundo. Sin contar con la alusión al arte, que hemos obviado. Sin duda es el capítulo II, empeñado en mostrar la identidad de la catequesis, el que se adentra con más hondura en lo bello; pero también el resto de capítulos, como hemos visto, quedan impregnados de esta fragancia a la que no puede sustraerse el texto completo.

⁴⁶ DC, n. 334.

⁴⁷ Cf. DC, n. 406.

La presencia explícita de la belleza de forma tan reiterada resulta un hallazgo sorprendente. Pero podemos ir mucho más allá de la aparición del término en el texto; todo el *Directorio* rezuma *filocalia*, amor a la belleza. Es imposible realizar en este artículo un análisis completo de todas las apariciones implícitas de lo bello en el texto; nos detendremos solo en un aspecto que detallamos a continuación.

El papel de la belleza en la tarea catequética

El título de este artículo relaciona la belleza con una tarea, aunque hubiera sido más amable emplear el término “misión”. Hemos preferido utilizar “tarea” para enfatizar la necesidad de realizar un trabajo por parte del catequeta y el catequista. Insistimos ahora en este mismo término para ilustrar el esfuerzo desempeñado por el *Directorio* al incorporar el concepto de la belleza como clave catequética.

Si en un recorrido superficial por el *Directorio* encontramos insistentemente el término “belleza”, el concepto está aún más presente al profundizar en el contenido del texto. Seleccionando un único aspecto, vamos a desgranar las tareas de la catequesis para deducir los vínculos con la belleza.

El capítulo II del *Directorio* señala cinco tareas esenciales en la catequesis, «interconectadas entre sí, que se inspiran en el modo en que Jesús formó a sus discípulos»⁴⁸, con una pedagogía que la comunidad cristiana se iba a encargar de modelar. En todas las tareas, aunque no se explicita, la belleza juega un papel insustituible.

CONDUCIR AL CONOCIMIENTO DE LA FE

Es interesante que esta sea la primera tarea descrita por el nuevo *Directorio* para la catequesis, ya que conlleva un acercamiento a las verdades de la fe, a la Sagrada Escritura, a la Tradición, al Credo... conformando una visión doctrinal coherente.

⁴⁸ DC, n. 79.

En esta dimensión cognitiva, imprescindible para poner las bases catequéticas, la belleza y sobre todo el arte, han desarrollado una larga historia de amor con la catequesis. Han dotado de herramientas al lenguaje catequético, hasta el punto de que todo arte cristiano es didascálico. El arte se convierte en *Biblia pauperum* —Biblia de los pobres— donde el pueblo sencillo puede leer las verdades de la fe en la belleza de las imágenes, que poseen la capacidad de hacer comprensibles los dogmas más complicados. Aún hoy, la belleza sigue ejerciendo ese poder de fascinación que nos arrastra al encuentro con la fe, que persuade para profundizar en su conocimiento.

Siendo todavía cardenal, el futuro papa Benedicto XVI vinculaba radicalmente belleza y conocimiento: «Belleza es conocimiento, ciertamente, una forma superior de conocimiento puesto que golpea al hombre con la grandeza de la verdad... El verdadero conocimiento es haber sido alcanzados por el dardo de la belleza que hiere al hombre... rechazar la herida que provoca la correspondencia del corazón en el encuentro con la belleza como verdadera forma de conocimiento, nos empobrece y hace estériles la fe y la teología. Debemos volver a encontrar esa forma de conocimiento, es una exigencia apremiante de nuestro tiempo»⁴⁹.

El Consejo Pontificio de la Cultura, apoyándose en *Sacrosanctum Concilium*, sentenciaba: «el patrimonio cultural de la Iglesia... constituye una fuente permanente para una educación cultural y catequética, que une la verdad de la fe a la auténtica belleza del arte»⁵⁰. Años después, el mismo Consejo añade en la introducción de *via pulchritudinis*: urge, por tanto, profundizar acerca de la belleza, sin limitarse, naturalmente, a las artes, sino extendiéndola a todos los campos en los que lo bello se revela capaz de despertar el deseo de Dios»⁵¹. El conocimiento a través del deseo suscita una reflexión digna de ser contemplada.

⁴⁹ JOSEPH RATZINGER, *La belleza. La Iglesia*, Encuentro, Madrid, 2006, pp. 16-17.

⁵⁰ CONSEJO PONTIFICIO DE LA CULTURA, *Para una pastoral de la cultura*, Edice, Madrid, 1999, n. 17.

⁵¹ PONTIFICIO CONSEJO DE LA CULTURA, *Via pulchritudinis. Camino de evangelización y de diálogo* (VP), BAC, Madrid, 2008, pp. 19-20.

INICIAR EN LA CELEBRACIÓN DEL MISTERIO

Esta es la segunda tarea que aborda el *Directorio*, destacando la importancia de la liturgia y los sacramentos, la comprensión del dinamismo del año litúrgico, el significado del domingo, o las expresiones de piedad popular. En todos estos ámbitos, la presencia de la belleza es determinante. Ella contribuye a desarrollar su carácter festivo y de alabanza, expresando la hermosura de la Iglesia con diversidad de lenguajes. La hermosura está presente en los textos de la Sagrada Escritura, en la música, los ornamentos litúrgicos, los vasos sagrados, la decoración floral, el ritual, los gestos, los simbolismos, las tradiciones populares... todos estos elementos constituyen una catequesis no verbal arraigada en el lenguaje de la belleza, capaz de expresar el Misterio.

No cabe duda de cuál es el centro de esta tarea, la constitución sobre la sagrada liturgia del Concilio Vaticano II es muy explícita: «La liturgia es la cumbre a la que tiende la acción de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza. Pues los trabajos apostólicos se ordenan a que todos, hechos hijos de Dios por la fe y el bautismo, se reúnan, alaben a Dios en medio de la Iglesia, participen en el sacrificio y coman la cena del Señor»⁵². De hecho, la vida sacramental, y muy especialmente la eucaristía, es la razón de ser de la Iglesia, y por tanto, de la catequesis; «la eucaristía es misterio de fe y, al mismo tiempo, “misterio de luz”»⁵³, en preciosa referencia al rosario. Ella está en el origen de la mayor parte de la belleza que ha surgido de la vida de fe, y que se plasma en la catequesis.

El *Catecismo* dedica un capítulo completo a la celebración litúrgica; en él recorre la importancia de los signos y símbolos, las palabras y acciones, el canto y la música, sin olvidar el arte: «La contemplación de las sagradas imágenes, unida a la meditación de la Palabra de Dios y al canto de los himnos litúrgicos, forma parte de la armonía de los signos de la celebración para que el misterio celebrado se grave en la memoria del corazón y se exprese luego en la vida nueva de los fieles»⁵⁴. La belleza

⁵² CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Sacrosanctum Concilium*, n. 10.

⁵³ SAN JUAN PABLO II, *Ecclesia de eucharistia*, 2003, n. 6.

⁵⁴ CIC, n. 1162.

es clave en la celebración del misterio. Tampoco deben despreciarse las hermosas expresiones de piedad popular, siempre que estén debidamente subordinadas y orientadas a la liturgia.

En cuanto al significado del domingo, el vínculo con la belleza es evidente, porque ella está íntimamente relacionada con la contemplación, con el descanso producido por el gozo que surge de la armonía y el equilibrio generados por lo bello. Encontrar espacios para disfrutar del Misterio implica construir lugares para un descanso contemplativo que nos proteja del ruido y la prisa que invaden nuestro mundo y nos asfixian.

FORMAR PARA LA VIDA EN CRISTO

Muy relacionada con las dos tareas anteriores, formar para la vida en Cristo es la tercera tarea enunciada por el *Directorio*. Está destinada a suscitar la conversión y el seguimiento de Cristo, a descubrir la vocación a la santidad y al propio estado de vida, a formar la conciencia moral, a discernir la búsqueda del bien y la verdad.

En esta clave, volvemos a las reflexiones del principio, asumiendo palabras de san Juan Pablo II, «la belleza es en un cierto sentido la expresión visible del bien, así como el bien es la consideración metafísica de la belleza. Lo habían comprendido acertadamente los griegos que, uniendo los dos conceptos, acuñaron una palabra que comprende a ambos: kalokagathia, es decir, belleza-bondad»⁵⁵. Más adelante añade: «La belleza es clave del misterio y llamada a lo trascendente. Es una invitación a gustar la vida y a soñar el futuro. Por eso la belleza de las cosas creadas no puede saciar del todo y suscita esa arcana nostalgia de Dios que un enamorado de la belleza como san Agustín ha sabido interpretar de manera inigualable “Tarde te amé, belleza tan antigua y tan nueva, tarde te amé”»⁵⁶. De un modo precioso, se identifica la belleza con Cristo, «el más hermoso de los hijos de Adán»⁵⁷. Seamos

⁵⁵ CA, n. 3.

⁵⁶ CA, n. 16.

⁵⁷ Salmo 45, 3.

conscientes de ello o no, siguiendo el sendero de la verdadera belleza caminamos hacia el encuentro con el crucificado.

Benedicto XVI, en la primera canonización de su pontificado, expresaba el reflejo de la belleza en la santidad: «El santo es aquel que está tan fascinado por la belleza de Dios y por su verdad perfecta, que es progresivamente transformado»⁵⁸. Mirar a Cristo supera cualquier pretensión formativa. Él es el rostro que nos guía, solo clavando nuestra mirada en él podemos aprender verdaderamente a seguirlo, solo en él podemos ser santos.

El documento *Via pulchritudinis* del Pontificio Consejo de la Cultura dedica un capítulo a la belleza de Cristo como modelo y prototipo de la santidad cristiana⁵⁹ en el que identifica la esperanza como un anuncio de belleza y muestra una belleza que trasciende la estética. Este es el camino destinado a formar para la vida en Cristo.

El propio *Directorio* remite a una exhortación del papa Francisco que, como tantas otras citadas, remite a la belleza en el contexto de esta tarea, poniendo como meta «hacer de los creyentes “alegres mensajeros de propuestas superadoras, custodios del bien y la belleza que resplandecen en una vida fiel al Evangelio”»⁶⁰. ¿Qué mejor modo de formar para la vida en Cristo que el testimonio alegre de una vida verdaderamente bella? No existe catequesis más fecunda.

ENSEÑAR A ORAR

Es la cuarta tarea señalada por el *Directorio*. Consiste «tanto en la oración personal como en la litúrgica y comunitaria, iniciando en las formas permanentes de la oración»⁶¹. Como medios para alcanzarla, el texto señala propuestas tan bellas como la liturgia de las horas, la insistente

⁵⁸ BENEDICTO XVI, *Homilía* en la Solemne Conclusión de la XI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos del Año de la Eucaristía y Canonización de 5 beatos (23.X.2005).

⁵⁹ Cf. VP, pp. 66-75.

⁶⁰ DC, n. 84.

⁶¹ DC, n. 87.

oración del corazón, el santo rosario, o las súplicas, entre otras, con el padrenuestro como oración central.

En todas sus formas, la belleza va siempre unida a la oración. El *Catecismo* lo formula de un modo muy hermoso: «la oración es “amor de la belleza absoluta” —*philocalia*—, y solo se deja cautivar por la gloria del Dios vivo y verdadero»⁶².

La oración es bella en sí misma, al mismo tiempo que pregona la belleza del Dios Trinitario y de su Iglesia. La carta apostólica sobre el santo rosario hace partir la oración de una contemplación de raíz estética: «La escena evangélica de la transfiguración de Cristo, en la que los tres apóstoles, Pedro, Santiago y Juan aparecen como extasiados por la belleza del Redentor, puede ser considerada como “icono de la contemplación cristiana”»⁶³. Es muy revelador que la oración parta de una mirada amorosa.

No cabe duda de que la belleza del arte ha sido históricamente una fiel aliada al servicio de la oración, instrumento para suscitar devoción a través de las imágenes devocionales, la arquitectura sagrada, la música litúrgica y muchas otras formas de expresión. Además de tantos testimonios de artistas cristianos que confiesan necesitar la oración para ser capaces de realizar su obra, como es el caso del pintor Beato Angélico. La oración ha encontrado siempre una hospitalaria acogida en el arte.

Pero no se trata solamente del arte, sino de lo bello en general; como dice Hans Urs von Balthasar refiriéndose a la belleza: «De aquel cuyo semblante se crispa ante la sola mención de su nombre (...) podemos asegurar que, abierta o tácitamente, ya no es capaz de rezar y, pronto, ni siquiera será capaz de amar»⁶⁴. De un modo extraordinariamente lúcido, sitúa la belleza como fuente de la oración. Es muy interesante la referencia a la capacidad de amar, aunque no queda claro si la vincula

⁶² CIC, n. 2727.

⁶³ SAN JUAN PABLO II, *Rosarium Virginis Mariae*, Edice, Madrid, 2002, n. 9.

⁶⁴ HANS URS VON BALTHASAR, *Gloria. Una estética teológica. 1 La percepción de la forma*, Encuentro, Madrid, 1985, pp. 22-23.

a la oración, a la belleza, o quizá más bien a ambas. La belleza no solo asiste a la oración, tantas veces la suscita.

INTRODUCIR EN LA VIDA COMUNITARIA

Es la quinta y última tarea marcada por el *Directorio* para la catequesis, apuntando una necesidad que aparece como prioritaria. Se identifica con «desarrollar el sentido de pertenencia a la Iglesia; educar en el sentido de la comunión eclesial...; formar en el sentido de la corresponsabilidad eclesial, contribuyendo como sujetos activos a la edificación de la comunidad y como discípulos misioneros a su crecimiento»⁶⁵. ¡De qué modo tan bello expresa la comunión la imagen del cuerpo místico de Cristo! Inmersos en esta espiritualidad, es posible contemplar en el otro, en el hermano, el rostro de Cristo; reconocerlo como un don de Dios. No hay modo más bello de vivir que en el seno de una comunidad cristiana unida por la caridad. Promover desde la catequesis esta experiencia comunitaria contribuye a embellecer el mundo que nos rodea, liberándolo de nuestra porción de egoísmo y desconfianza. Es el mejor modo de mostrar al mundo la belleza de la Iglesia.

Una afirmación del entonces cardenal Ratzinger constituye una inestimable declaración del valor de la belleza para construir la comunión de los santos: «La verdadera apología de la fe cristiana, la demostración más convincente de su verdad, contra toda negación, son de un lado los Santos y de otro la belleza que la fe ha generado. Para que la fe pueda hoy crecer debemos guiarnos a nosotros mismos y a los hombres con los que nos encontramos a conocer los Santos y a entrar en contacto con lo bello»⁶⁶. Belleza y santidad unidas en un diálogo de amor. Siempre ha existido una alianza entre la santidad y la belleza. El santo nunca es un héroe individual, sino una persona bella que vive en comunión con una bella comunidad de fe. No en vano llamamos una “bella persona” a una persona bondadosa.

⁶⁵ DC, n. 89.

⁶⁶ JOSEPH RATZINGER, *La belleza. La Iglesia*, Encuentro, Madrid, 2006, p. 19.

La vocación a la santidad a la que estamos llamados los cristianos es también una vocación a la belleza. Es un don y una responsabilidad que nos corresponde asumir. En palabras de von Balthasar: «Los santos, que dedicaron su existencia a la mayor gloria de Dios, fueron siempre los guardianes de lo bello»⁶⁷.

Casás Otero expresa así el modo en que la belleza contribuye a la construcción de la comunión eclesial: «en cuanto prolongación de la forma histórica de Cristo, la Iglesia ofrece a los hombres el sacramento de su verdad, de su bondad y de su belleza con el fin de anunciar la salvación. El testimonio de la unidad en la profesión de la misma fe, en la celebración común del culto divino y en la caridad fraternal de los que formamos la familia cristiana, ha de ser un signo fundamental de la gran función salvífica encomendada por Cristo a la Iglesia»⁶⁸. De nuevo la referencia imprescindible es la eucaristía, «epifanía de comunión»⁶⁹. «La eucaristía crea comunión y educa a la comunión»⁷⁰. Ella ha impulsado a los artistas y a la comunidad cristiana a generar belleza como fruto de la fe y como servicio a la catequesis. Adentrarnos en el misterio de la eucaristía en relación con la belleza requeriría un análisis muy exhaustivo que no podemos acometer en estas líneas.

Catequizar con la belleza. Algunas propuestas

Cuando *Gaudium et spes* aborda la recta promoción del progreso de la cultura, pone una de sus condiciones en el cultivo de la belleza⁷¹. Del mismo modo sucede con la catequesis, una catequesis que no cultive la belleza no cultivará el alma. Educar con belleza y para la belleza es responsabilidad de la Iglesia, imperativo para construir la comunidad

⁶⁷ HANS ÜRS VON BALTHASAR, *Gloria. Una estética teológica. IV Metafísica. Edad Antigua*, Encuentro, Madrid, 1987, p. 39.

⁶⁸ JESÚS CASÁS OTERO, *Belleza y vida de fe*, San Pablo, Madrid, 2009, p. 334.

⁶⁹ SAN JUAN PABLO II, *Carta apostólica para el Año de la Eucaristía*, Edibesa, Madrid, 2004, n. 21.

⁷⁰ SAN JUAN PABLO II, *Ecclesia de Eucharistia*, Edibesa, Madrid, 2003, n. 40.

⁷¹ CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, BAC, Madrid, 1993, *Gaudium et spes*, n. 53.

sobre una promesa de plenitud. La belleza no es una cosa, ni una cualidad, sino una experiencia, un acontecimiento que ordena la vida y la dota de armonía.

«La belleza salvará al mundo» es la célebre frase de la obra *El idiota* de Dostoievsky que tanto se ha comentado. Kiko Argüello, artista y fundador del Camino Neocatecumenal, replica en otra versión: «solo una nueva estética salvará a la Iglesia»⁷². Habría que preguntarse si gran parte del rechazo que produce en los jóvenes el ámbito eclesial no viene de que, en general, su estética pertenece a otra época. Quizá la propia Iglesia no ha sabido reinterpretar esta estética a la luz de la contemporaneidad, o tal vez es excesivamente cauta a la hora de generar una nueva estética que responda a los signos de los tiempos, sin ser anacrónica ni arqueológica, pero también sin renunciar a la fidelidad a la tradición.

La nueva estética es una espléndida vía de anuncio del kerigma, capaz de sorprendernos y emocionarnos porque comunica la belleza de Dios, su amor hacia nosotros; significa descubrir en Cristo al hombre nuevo.

TRES VÍAS DE DIÁLOGO

Consciente del desafío, el Pontificio Consejo de la Cultura, en el reiterado documento *via pulchritudinis*, traza tres vías de diálogo con la belleza: la creación, las artes, y la santidad. Para cada una de ellas esboza una serie de propuestas pastorales que pueden constituir un estímulo para la catequesis.

En relación con la primera vía, la belleza de la creación, se proponen actuaciones concretas que en gran parte siguen siendo válidas, aunque podrían actualizarse. La vocación catequética queda bien explicitada: «La catequesis, en su esfuerzo de formación de los niños y jóvenes, puede servirse con provecho de una pedagogía desarrollada a partir

⁷² KIKO ARGÜELLO, *Nueva Evangelización y Tercer milenio*, Convivencia en Nueva York de 253 obispos de Las Américas sobre el tema *Evangelización y Camino Neocatecumenal*, Roma 1997, 4.

de la observación de la belleza de la naturaleza y de las actitudes humanas fundamentales ligadas a aquella: silencio, escucha, admiración, interiorización, paciencia en la espera, descubrimiento de la armonía, respeto del equilibrio natural, sentido de la gratuidad, adoración y contemplación»⁷³.

Para la segunda vía, la belleza de las artes, las propuestas parten de la necesidad de «introducir, mediante una educación apropiada, el lenguaje de la belleza y desarrollar la capacidad de captar el mensaje del arte cristiano, lo que hace que las obras sean bellas y, sobre todo, lo que en ellas favorece un encuentro con el misterio de Cristo»⁷⁴. A partir de ahí, entre otras actuaciones citadas con detalle, menciona la sensibilización de los catequistas a través de cursos de formación, talleres y encuentros.

En la última vía, que se ocupa de Cristo, la liturgia y la santidad, las propuestas planteadas en el documento abren un horizonte más amplio:

Es necesario proponer el mensaje de Cristo en toda su belleza, de modo que pueda atraer las mentes y los corazones mediante lazos de amor... Se trata de transformar en “acontecimientos de belleza” los gestos de caridad cotidiana y el conjunto de las actividades pastorales ordinarias de las iglesias locales... Se trata, sobre todo, de sensibilizar a los pastores y catequistas para que su predicación y enseñanza lleven a la belleza de Cristo... Es mucho lo que se hace en el campo de la catequesis, con cómics, teatro, publicaciones, películas, conciertos y musicales para ayudar a descubrir figuras extraordinarias de santos... Sus ejemplos nos recuerdan que todo cristiano es un verdadero peregrino sobre la vía de la belleza, de la verdad, de la bondad, en camino hacia la Jerusalén celestial⁷⁵.

PROPUESTAS METODOLÓGICAS

Es cierto que el nuevo *Directorio* para la catequesis ha abierto radicalmente el camino a la belleza como medio catequético, ha legitima-

⁷³ VP, p. 56.

⁷⁴ VP, p. 64.

⁷⁵ VP, p. 75-77.

do su lenguaje. Muchos otros estudios y documentos del Magisterio de la Iglesia desarrollan esta intuición. Pero quizá faltan propuestas metodológicas que permitan a los catequetas y a los catequistas caminar seguros por este sendero. Son muy escasas las ideas bien articuladas que sustenten de un modo concreto este desarrollo teórico.

Quizá una de las propuestas más completas sea el de Alfonso López Quintás, autor de numerosos libros y artículos que desgranar su teoría con todo detalle, volcada en su *Pedagogía de la admiración* y en la *Escuela de pensamiento y creatividad* de la que es fundador. La selección de este autor tiene como objetivo ofrecer un modelo —quizá más filosófico que metodológico— sobre el que construir nuevas propuestas que puedan hallar concreciones en la acción catequética. Quien fue catedrático de Estética de la Complutense teoriza sobre el descubrimiento de los “ámbitos de realidad” que están frente a nosotros como realidades objetivas con las que establecemos experiencias de mutuo influjo y que despiertan nuestra creatividad⁷⁶. Algunos ejemplos de ámbitos serían el hogar —más allá del lugar donde se vive—, la lectura de un libro —trascendiendo el ejemplar como objeto—, el lenguaje, y en general todas las realidades que suponen un campo de interacción: formas de juego o trabajo, el brotar de la primavera, consagrar un templo, cualquier encuentro entre seres humanos... El ser humano es capaz de convertir cualquier objeto o espacio en ámbito, al adoptar una actitud creadora; por eso su entorno no lo constituyen los objetos, sino los ámbitos, que son los que le permiten un encuentro verdadero. Lo anticipaba Ortega y Gasset con su célebre frase «yo soy yo y mi circunstancia», en la que enfatizaba el carácter relacional de la vida humana.

A continuación de este argumento, López Quintás pasa a desarrollar la capacidad del arte —que podemos remitir a la belleza— para crear ámbitos de encuentro. Así, en la interpretación de una orquesta o coro, los esquemas independencia/solidaridad y autonomía/heteronomía se

⁷⁶ Cfr. ALFONSO LÓPEZ QUINTÁS, *Fecundidad formativa del arte y crisis religiosa*. Actas del Congreso Internacional Arte y fe, de Las Edades del Hombre. Publicaciones de la Universidad Pontificia de Salamanca, 1995, pp. 132-157.

disuelven para dar paso a un encuentro que supera la mera individualidad y teje un proyecto común asentado en el entusiasmo creativo. Es muy elocuente el ejemplo de la escultura de Rodin “La catedral”, en la que unas manos de hombre y mujer están a punto de unirse formando una especie de bóveda; su unión genera un ámbito nuevo que afecta a la raíz de su ser hombre o mujer. De un modo misterioso, si ese encuentro es verdadero, conduce a descubrir mejor la propia realidad a través del encuentro con el otro, generando además una realidad nueva fruto de un ensamble fecundo. No se trata de entregarse a una instancia externa que se impone en clave de dominio, sino de entablar un diálogo creador con una realidad, en principio extraña y ajena, con la que deseamos intimar porque nos atrae.

De lo expuesto puede deducirse que la clave de toda actividad formativa, y por tanto de la catequesis, es descubrir lugares de encuentro y ayudar a la voluntad a abandonar su cercado para caminar hacia ellos. En esta misión, la belleza es crucial, tanto por su papel decisivo para crear lugares de encuentro, como para atraer a la voluntad. La belleza trasciende los objetos para elevarnos gozosamente a los ámbitos en un proceso que López Quintás denomina éxtasis. La belleza ilumina otras experiencias humanas menos accesibles para que podamos sumergirnos en ellas con deleite y creatividad.

Hombres y mujeres somos seres de encuentro; nos realizamos en plenitud si descubrimos las realidades que nos rodean como ámbitos. Educar esta mirada exige la conversión, requiere sustituir el principio del individualismo y la posesión por el de la unidad y la fraternidad, convertir la oposición en contraste enriquecedor⁷⁷. Cuando somos capaces de interactuar y convertir lo ajeno en íntimo, nuestra creatividad se dispara. No es una tarea fácil, pero somos asistidos por la belleza, que nos enseña a transfigurar los objetos, y por tanto, a encontrarnos con ellos en un diálogo fecundo en el que desvelamos la mejor versión de nosotros mismos.

⁷⁷ Cf. ALFONSO LÓPEZ QUINTÁS, *El valor formativo de la experiencia estética*, Revista de espiritualidad, Madrid, 1992, n. 204, *Arte, espiritualidad y belleza*, pp. 241-243.

El reto de cualquier acción formativa, también de la catequética, es descubrir un modo de encuentro con lo que nos rodea que permita la unidad, la fraternidad, y la fecundidad creativa. Integrar elementos ajenos y complementarlos con los nuestros es decisivo en todo proceso formativo. Esa actitud de encuentro y diálogo produce un éxtasis contrario al *vértigo* que suscitan las actitudes de dominio y posesión.

Este método determina diferentes niveles de realidad y conducta, trazando un recorrido ascendente. Si los seres humanos superan el afán de posesión y dominio (nivel 1) para cultivar la actitud de relación y encuentro (nivel 2) y lo integran con la adhesión a la bondad, verdad, justicia, unidad y belleza (nivel 3) como principios de vida enraizados en el Creador (nivel 4), el proceso catequético experimenta un impulso ascendente que envuelve todos los aspectos de la vida. La descripción del nivel 3 intuye: «Al vivir enraizados en la bondad, la justicia, la belleza, la verdad y la unidad, nuestra persona se transfigura, adquiere su máxima dignidad y un poder insospechado de transfigurar a los demás. Unas líneas más adelante, ya inmerso en el nivel 4, se completa la afirmación anterior: para lograr que nuestra vinculación radical al bien, la verdad, la justicia, la belleza y la unidad sea incondicional... debemos sentirnos religados por nuestra misma realidad personal a un Ser que no cambia y constituye la encarnación perfecta de tales valores»⁷⁸. Si se analiza bien, ambas afirmaciones dibujan un proceso catequético.

METANOIA

Si hemos expuesto este modelo concreto es por su impulso a la actitud de encuentro descrita, capaz de engendrar belleza; en la conciencia de que también la belleza suscita un encuentro que nos saca de nosotros mismos y eleva nuestra mirada. En cualquier caso, hay que considerar que la eficacia de la catequesis no estriba sobre ningún método.

La catequesis tiene que ver sobre todo con la *metanoia*, con la conversión, y no existe un método infalible capaz de suscitarla. Su “secreto”

⁷⁸ A. LÓPEZ QUINTÁS, *Descubrir la grandeza de la vida*, Desclée De Brouwer, Bilbao, 2011, pp. 108 y 109.

es tan antiguo como la propia Iglesia, y aparece en la Sagrada Escritura: «arrepentíos, pues, y convertíos, para que vuestros pecados sean borrados, a fin de que el Señor venga el tiempo de la consolación y envíe al Cristo que os había sido destinado»⁷⁹. Por la conversión, el ser humano se “da la vuelta”, deja de caminar por donde iba y cambia su ruta para dirigirse hacia otro destino porque lo encuentra más bello. Así lo formula von Balthasar: «todo presunto entusiasmo por lo bello no pasa de ser palabrería vana, si no nos hiere con todo el ímpetu de un Dios que nos dice: “Tienes que cambiar tu vida”»⁸⁰. El mismo teólogo que elabora toda una estética teológica articulada en torno a la belleza, denuncia su vaciedad si esa belleza no remite al Dios vivo y nos incita a la conversión.

Conclusión

El anuncio del Evangelio es el mayor anuncio de belleza que pueda hacerse, la mejor forma de propagar la belleza en el mundo, de construir una sociedad más bella.

Volviendo a la definición de catequesis del comienzo de esta reflexión, ella ilumina la vida y la transforma. Esa transfiguración solo es posible ante el rostro de Cristo. No hay valores, ni propuestas filosóficas, ni métodos milagrosos; ni siquiera una programación pastoral bien articulada puede suscitar la fe. Tan solo el encuentro personal con Cristo, un Cristo que se muestra en la Iglesia, en los santos, en los sacramentos... y en la belleza.

La belleza es el lenguaje con el que Dios se dirige a los hombres. Aún más, fe y belleza constituyen un mismo lenguaje. Ambas tienen el poder de dignificar la vida de las personas, tienden un puente hacia el cielo.

La vida cristiana no consiste en cumplir un conjunto de normas, sino en ser testigos de una buena noticia; disfrutar de una fiesta en la

⁷⁹ Hch 3, 19-20.

⁸⁰ HANS URS VON BALTHASAR, *Ensayos Teológicos, Verbum Caro I*, Cristiandad, Madrid, 1960. p.143.

que la belleza tiene un papel insustituible, porque no es una cualidad, sino una experiencia. Por eso, la acción catequética necesita recuperar el principio estético de la Iglesia; crear espacios donde sea posible la hermosura. Si el catequista descubre que la belleza tiene más fuerza de transformación que la ética, sabrá conducir al catecúmeno por un terreno firme; porque quien abraza la belleza, se deja tocar por Dios y por su gracia.

Esta comprensión de la belleza supone un verdadero reto a desarrollar en la catequesis. Comporta una misión. No se trata de hacer proselitismo, sino de ser testigos de la belleza. Catequistas y catecúmenos somos llamados a la misión de la belleza. Estamos invitados a convertirnos en buscadores de la belleza, a vivir de un modo en el que resplandezca la hermosura. Esta tarea nos supera, por eso reclama la compañía de la Iglesia.

Hoy la catequesis, más que nunca, necesita fijar su mirada en una belleza que no se marchita, porque remite a Cristo. Invitar a su contemplación es la tarea esencial. El resto vendrá por añadidura.

Finalizamos esta reflexión suplicando a santa María Virgen, la *tota pulchra*, madre de la belleza, que nos enseñe a descubrir la verdadera hermosura.